

Lo Político y lo Social

Ha sido habitual en Chile analizar los problemas políticos desde una perspectiva puramente formal. Salvo Diego Portales, que comprendió, al promulgarse la Constitución de 1833, que su obra se cimentaba en una realidad más sociológica que política y, precisamente por eso aquella Carta perduró hasta 1925, las demás constituciones han sido edificadas sobre el vacío, predominando vagos ideales por sobre hechos sociales insoslayables. La propia Constitución de 1980 debe afincarse en el respeto a la libertad individual, a la iniciativa privada en materia económica, al rol subsidiario del Estado, en la protección y estímulo de los cuerpos sociales intermedios, en el respeto irrestricto al estado de derecho, en la exclusión del marxismo-leninismo y en la condenación del terrorismo como arma política. ¿Ha conseguido el régimen militar hacer conciencia sobre estos pilares de cuya fortaleza y estabilidad depende el porvenir político de Chile? Me temo que la respuesta no sea lo suficientemente categórica como para disipar las dudas respecto de nuestro futuro.

Desde principios de siglo comenzó a emerger en Chile una clara distinción entre tres sectores sociales distintos que de manera imperceptible, pero acentuada, fueron configurando el marco político de nuestro país: las llamadas clases alta, media y baja, que se expresaban en los partidos liberal y conservador, radical y democristiano, y socialista y comunista, respectivamente. Lo que en un comienzo fue difuso y casi espontáneo, posteriormente, al ideologizarse la política —fenómeno que se precipita vorazmente a partir de 1950— se hace evidente e irrefrenable. La trilogía de derecha, centro e izquierda está latente, porque obedece a un trasfondo social inevitable, con el agravante de que la "proletarización de la clase media", como consecuencia de los efectos del programa de reasignación de recursos, ha incrementado significativamente la opción política de la izquierda y no sería extraño que más de una sorpresa nos aguarde un mañana no lejano.

En mi libro "El Mito de la Democracia en Chile" he demostrado dos cosas importantes: que los partidos políticos en 1973 terminaron absolutamente identificados con determinados segmentos sociales, recongiendo en los programas electorales sus reivindicaciones y aspiraciones; y que los partidos políticos nacidos de la clase media (radical en su vertiente laica y democristiano en su vertiente católica), evitaron al país un fatal enfrentamiento entre el antiguo y el nuevo orden, al configurar una opción moderada y progresista que halló un respaldo popular estable, lo cual permitió el tránsito pacífico entre la oligarquía y la mesocracia. Pero el peligro que se conjuró en 1920, 1938 y 1964 no se conjuró en 1970, cuando tras un disfraz democrático se estableció en el poder un movimiento liberticida que aspiraba transformar a Chile en un satélite de la órbita soviética. De aquella encrucijada sólo salvamos milagrosamente gra-



Diego Portales Palazuelos reconoció la necesidad de afincar la Constitución en la realidad social y por eso su obra fue perdurable.

cias a la reacción unánime y patriótica de las FF.AA. y de Orden.

Para analizar la génesis de este fenómeno, que tiene mayor trascendencia política de lo que frecuentemente se supone, es bueno conocer tres libros notables, escritos casi en el mismo período y que traducen con fidelidad los valores, costumbres, aspiraciones y estilo de vida de cada clase. Es cierto que lo que sucedía a principios de siglo ha experimentado en la actualidad transformaciones profundas. Pero el sello es el mismo y los caracteres se mantienen más o menos indelebles. Me refiero a "El Roto", de Joaquín Edwards Bello —que refiere la historia amarga

munes. Todo ello ha quedado de manifiesto frente al peligro que, como un extraño desigño, ha amenazado a todas las generaciones, con muy escasas excepciones. Así sucedió en las guerras contra la Confederación Perú-Boliviana, contra España y del Pacífico; con las agresiones que sufrimos a fines del siglo pasado por los luctuosos sucesos del Baltimore; con las catástrofes telúricas que de tiempo en tiempo azotan nuestra geografía y nos obligan a recomenzar; etc. Estos son hitos referenciales que permiten abrigar esperanzas de que los chilenos se unirán en torno de problemas específicos, que sólo se superarán en la medida que sean asumidos por todos los sectores sociales sin reticencias.

Sólo conociéndonos, investigando nuestras idiosincrasias, estimulando nuestras virtudes y corrigiendo nuestros defectos podremos enfrentar con éxito el siglo XXI.

Los chilenos, en su inmensa mayoría, no están infectados con ideologismos trasnochados y decadentes, como sucedió hace quince años. Pero sí que estamos empeñados en preservar la libertad y amagar el peligro que representan los imperialismos, sea que nos pretendan satelizar políticamente o esclavizar económicamente. De la misma manera, queremos una sociedad más justa, en la cual se extirpe la extrema pobreza y se genere un sistema de igualdad efectiva de oportunidades, sin odios ni discriminaciones.

Estas son las grandes ideas que debería levantar un nacionalismo auténtico, que hunda sus raíces en la historia de nuestra patria y no se enrede en las telarañas de la contingencia partidista.

Pablo Rodríguez Grez.

Todos los grupos sociales del país tienen aspiraciones comunes. Para unirlos es necesario conocer mejor su idiosincrasia.

de una familia que nace y se desarrolla a la sombra de un prostíbulo, en donde las perspectivas son limitadísimas y el ambiente aplasta con fuerza insuperable a los personajes—, a "Casa Grande", de Luis Orrego Luco —que cuenta la historia de una familia acaudalada, sus escondidas miserias y apetitos y la fuerza incontrarrestable de la apariencia y el prejuicio social—, y, finalmente, a "Hogar Chileno", de Senén Palacios —que relata la vida de la emergente clase media, laboriosa, desconfiada, resentida y de una enorme pujanza para la conquista de su destino—.

Tras las clases sociales, sin embargo, se esconden valores, símbolos y aspiraciones co-